

Personalidad en el mundo de las artes y las ciencias

M. HIDALGO HUERTA

El hombre nace, crece y se desarrolla en virtud de un complicado mecanismo de creación y división celular, en parte motora, en parte sensitiva, que configuran, en última instancia la propia personalidad dependiente, tantas veces, más que de su propio YO, de la carga hereditaria y los factores ambientales provenientes de la dinámica social o mejor dicho, psicosocial que circunscriben su entorno.

En el caso del artista y del intelectual, escritor, poeta, novelista o ensayista, ambas vías suelen ser diversas. En el artista el componente genético, hereditario se expresa con mayor incidencia, mientras que en el escritor son los factores ambientales, sociales, los que adquieren un mayor rango. Por supuesto que cada época tiene sus métodos de acceso a la personalidad pero, estimo, la regla es válida, substancialmente, para personalidades elevadas cuya gloria no es efímera, sino que queda anclada en las páginas de la historia.

En el terreno del arte, en su más variadas formas, los ejemplos de este legado genético son innumerables. En el mundo de la música el hecho es reiterativo. Gounod era hijo de una distinguida pianista, Mozart tuvo en su padre Leopold, un antecedente de buen músico y compositor, Alessandro y Domenico Scarlati padre e hijo, respectivamente siguieron una misma línea, los Johan Straus I y II, el Viejo y el Joven, inundaron el mundo con la cadencia de sus valeses y, entre nosotros sin ir más lejos, los Halffter (Ernesto, Rodrigo y Cristóbal), constituyen una prueba evidente de ese gen familiar.

Análogas consideraciones pueden hacerse en otras manifestaciones artísticas. En el canto, sin salir de nuestras fronteras, los ejemplos son expresivos, cual acontece con Plácido Domingo cuyos padres, (especialmente su madre, Pipita Embid) brillaron con luz propia, en la Zarzuela, Emilio Sagibarba y Luis Sagi-Vela con similares características y Montserrat Caballé cuya hija,

inicia los mismos pasos que su singular progenitora. La pintura también disfruta de estepreciado don como lo prueban los Tiépolo y, más específicamente los Madrazo que nada menos que cinco pintores de categoría conforman su gen familiar: José (1781-1859) como fundador polarizado fundamentalmente en motivos históricos y religiosos, sus dos hijos, Federico (1825-1897) que cultivan con preferencia los temas bíblicos y religiosos, y los dos nietos (hijos de Federico), Raimundo (1841-1920) también retratista singular y Ricardo (1851-1917) que muestra preferencia por las escenas costumbristas. Más aún si tenemos en cuenta que la hija de Federico, Cecilia, casó con otro gran pintor, Mariano Fortuny y Cambó, de cuya unión nació Mariano Fortuny y Madrazo, retratista como sus antecesores y, al propio tiempo, destacado inventor de la luminotecnia escénica como creador de la llamada: Cúpula Fortuny que tuvo vigencia en muchos escenarios.

En mi entorno familiar, mi tío-abuelo, Rafael Hidalgo de Caviedes, fue un gran pintor de finales del XIX y parte del XX que encontró su continuidad en su hijo Hipólito, de mayor proyección internacional y en su nieto Rafael, tercero de la dinastía (no me gusta la palabra saga, hoy en moda), eslabón que, espero, tenga continuadores. Una tía política mía, María Balaca, hija del gran paisajista Ricardo (1844-1880), hijo a su vez de José y hermano de Eduardo, también poseía ésepreciado don que solamente se expresó en el ámbito familiar. Son todos ellos, meros ejemplos de que, aquí el factor genético es indudable mientras que el ambiental no entra como carta a barajar.

En el escritor, en el poeta, en el novelista, las cosas no suelen ser así. No es el factor hereditario el determinante de la personalidad (sin que esto quiera decir que no existe como lo demuestran los Dumas) pero, lo cierto es, que son los factores ambientales, sociales y psicosociales, lo que rigen no solo la forma de escribir sino el qué y el cómo se escribe. Desde el ángulo de la psicología Stefan Zweig, hace ya setenta años, hizo un primoroso estudio sobre las personalidades de Balzac, Dickens y Dostoeiwsky considerando que, esencialmente por razones psicológicas, como antes anoto, el estilo de cada uno de sus personajes novelados, eran representativos del mundo de la sociedad, del mundo de la familia y, yo diría, del mundo universal respectivamente. Esto es cierto, los factores psicológicos existen, ayer, hoy y mañana pero considero de mayor relieve los ambientales. Tan es así, pienso, que si no hubiera sido por ellos o habrían escrito igual ¿serían sus personajes los mismos si sus autores pertenecieran a épocas o ambientes diversos? Rotundamente no. Es más si, supongamos hubiera acontecido una transmutación geográfi-

ca entre ellos, es evidente que la línea y estilo, que les ha hecho figuras irrepetibles de la literatura, sería otra si bien ¿quién puede dudarlo? el triunfo siempre estaría a su vera puesto que, la creatividad no reconoce fronteras ni ocasionales situaciones. La importancia, descollante, de éste factor ambiental se desprende del sucinto análisis que exponemos a continuación.

Balzac (1799-1850) nace en Turenna el año en que Napoleón finalizada su campaña de Egipto, regresa a París y se erige en dueño de Francia. Desde su infancia pues, la vida de Balzac transcurre entre este ejemplo de poder y el ambiente que, como consecuencia de ello, se respira en Francia. Si Napoleón, que es su símbolo, se proclama primera figura del Imperio, él quiere proclamarse primera figura de la literatura del mismo. De ahí que en sus obras, especialmente en «La Comedia Humana» su directriz ideológica sea responder a la realidad del momento y trasladar al papel y la pluma las figuras representativas de la época, la nobleza, el clero, la clase obrera, los poetas, los artistas o los sabios y en lo que a nosotros, los médicos, se refiere nos configura en el personaje de Horace Blanchon. Fruto de esta situación ambiental es que sus personajes sean ambiciosos, ávidos de poder, dispuestos a llevarse todo por delante con tal de conseguir sus fines como predica Vautrin, el anarquista, acaso la figura predilecta de Balzac. Este mimetismo de grandiosidad que se ha infiltrado en su alma, se manifiesta no solo en sus escritos sino también en sus acciones que repelen todo aquello que no se atenga a éste concepto de prepotencia en que el país está inmerso. Cuenta Zweig que cuando disponía para su comida tan sólo de un triste trozo de pan, dibujaba con yeso en la mesa unos platos, en cada uno de los cuales inscribía los nombres de diversos y apetitosos manjares para, de esta forma, encontrar en el pan el sabor de lo que, en aquel momento, no le era factible alcanzar.

La obra literaria de Charles Dickens (1812-1870) responde asimismo a las circunstancias ambientales que imperan en su época. La gran hoguera que sobre Europa había incendiado Napoleón, se había extinguido. El mundo estaba de vuelta, cansado y olvidado de hechos heroicos y de proyectos de aventura que a nada positivo habían conducido. Es la época en la cual el hombre tiene, como horizonte y meta, la paz y del fuego que había contemplado horrorizado, tan solo quiere conservar el que provenga de una bucólica chimenea, ante la que se sienta en un cómodo sillón desde el que pueda contemplarlo con mirada bonachona y vida aburguesada. Todo ello menos espectacular si se quiere, pero más en consonancia con el concepto de la familia y de protec-

ción al necesitado. Dickens responde a este ambiente en que su vida transcurre y, en razón a ello, sus personajes no ambicionan gloria, poder ó dinero sino, simplemente vida plácida, ordenamiento de costumbres, ayuda al desgraciado y, por encima de todo, su dedicación al niño pobre y olvidado, cual él lo fue, a los que brinda sus mejores obras como es prueba palpable su maravilloso David Copperfield. Todo se dice pero en forma mesurada, habida cuenta que cuando arremete contra las injusticias del Estado, nunca se expresa en tono de amenaza, sino, suavemente en el tono de señalar el mal para que «a quien corresponda» lo remedie. Dickens, es, por consiguiente, el fruto de otro ambiente, de una situación diversa que supo aprovechar, yo diría que sentir, en forma tal que le abrió las puertas de la inmortalidad. Que esto es así, puede avalarlo el hecho de que cuando, por motivos editoriales, acaso, ó razones de otra índole, se adentró en la novela trágica (*Historia de dos Ciudades* por ejemplo), la resultante fue negativa, por la elemental razón de que el ambiente no estaba para contingencias de tal índole y, posiblemente también, porque sus más íntimas sensaciones estaban alejadas de la aridez y descarnada pluma que exigen estos planteamientos dispares con la forma de vida y pensamiento que la época significaba. Desgraciadamente hoy las cosas no son así, y es fácil vaticinar que si Dickens hubiese vivido esta época, el fracaso hubiera sido su más fiel acompañante.

Dostoiewsky (1820-1881), es acaso el ejemplo más fehaciente de lo que en la personalidad de un escritor influye el ambiente y la época en que vive. Desde sus primeros días el infortunio y la pobreza le acompañan. Hijo de un médico militar, nace en un asilo y parece que esto le marca. A partir de aquí todo le golpea, su infancia, su mujer y su hijo que mueren pronto, el presidio y el destierro a Siberia durante seis años por delitos que no ha cometido, la epilepsia que le atenaza, el peregrinaje por Europa huyendo de sus acreedores, la miseria, la falta de hogar. Aún cuando exclama: «Ningún hombre sano puede sospechar el sentimiento de felicidad que invade al epiléptico un momento antes del ataque» la realidad es que en nada encuentra la felicidad. Ni en el libertinaje, ni en el juego, ni en la exaltación sexual donde concentra sus pasiones, encuentra lenitivo. «Siempre he traspasado los límites» expresa, pero es que los límites siempre se traspasaron con él. No pretende juzgarse, mejorarse ó modificarse, tan solo pretende, y esto es maravilloso después del trato que ha recibido, retornar a su Rusia lo que no consigue hasta tener 52 años, donde, al fin, recibe el premio de ser elevado a las cumbres de la literatura, con «El Diario de un Escritor» como heraldo de este pueblo.

Concordantemente con el entorno en que ha vivido, sus personajes son grandes atormentados que ninguno de ellos pretende detenerse ante la dicha, análogamente a lo que a él acontece. Todo en su obra es lóbrego y triste, «Memorias de la Casa de los Muertos», «Crimen y Castigo» «El Jugador», «El Idiota», etc. son ejemplos vivos que avalan ésta tesis.

Finalmente cerremos este comentario con otros dos claros exponentes del influjo ambiental y social en los escritos y la vida de Stendhal y Stefan Zweig.

Stendhal (Henry Bayle en la realidad) aunque francés en su origen pues nace en Grenoble en 1783 y muere en París en 1841, imbuido por el mundo de la ostentación y falsedad que domina la época, lo exagera al máximo haciéndose pasar por prusiano (su pseudónimo es el nombre de una ciudad prusiana) ó italiano llegando al extremo de que dejase dispuesto que en su tumba se hiciese constar, milanés. Se adjudica títulos de nobleza que no posee, plagia y falsea mil costas, con el único fin de crearse una aureola enigmática y misteriosa coincidente con el momento que le toca vivir, objetivos que son conseguidos pues, para ello dispone de lo más necesario: una buena pluma y una buena imaginación.

Mas dramático es lo que acontece con Stefan Zwig (1881-1942), autor vienés procedente de la alta burguesía, refinado y sensitivo ante lo que le rodea, cuya pluma, tanto en poesía, teatro, novela, biografía ó ensayo, se adaptó a las circunstancias psicosociales (no en vano fue pionero en la difusión de las ideas de Freud sobre el psicoanálisis) imperantes. De origen judío, su fina sensibilidad choca contra la violencia que se ha generado en Occidente a partir de la Guerra del Catorce, y mucho más, por la generada por el triunfo del nacionalsocialismo con el que se siente imposible de convivir, expatriándose a Brasil donde en el colmo de su inadaptación a los nuevos hábitos que al mundo llegan, al enterarse que los japoneses, en 1942 han conquistado Singapur deduce, acaso, que el nuevo orden se estabiliza y toma la trágica decisión, conjuntamente con su esposa del suicidio.

Factores genéticos, factores ambientales son, en suma, los determinantes de la personalidad en el mundo de las artes y las letras. Naturalmente que, en otros campos, la personalidad también existe pero al no estar mediatizada por estos factores depende, substancialmente, de un mero y simple esfuerzo personal.